

# HISTORIA Y MEMORIA

*Jean Meyer\**

*In memoriam Julián Meza*

RECEPCIÓN: 6 de marzo de 2024.

APROBACIÓN: 7 de marzo de 2024.

DOI: 10.5347/01856383.0150.000313528

Historia. Se supone que sabemos de qué se trata; sin embargo, es una suposición, nada más. Porque me cuentan una *historia*, los talibanes hacen *historia*, Jean Meyer escribe *historia* y Winston Churchill nos sigue diciendo, frente a todos los desastres, retos y guerras: *history as usual*.

Memoria. Otra palabra engañosa, como todas las palabras abstractas. Últimamente ha tomado muchos sentidos que no dejan de fluctuar. Cuando era chico, había una sola memoria para mí, la de mi abuelo Joseph Meyer (1882-1968), que me contaba, mientras fumaba su pipa a la hora de los largos crepúsculos de verano, su guerra, que cuando la vivió no era todavía la Primera Guerra Mundial, porque no sabía que vendría una segunda.

Me contaba su 14 de agosto, cuando en calidad de suboficial del ejército imperial alemán (me dejó su sable con wii, Wilhelm II) decía a sus soldados alsacianos: “Cuídense mucho de no darles a los franceses de enfrente. Miren al avellano, a darle todos”. Alsacia y parte de Lorena habían sido anexadas por el Reich en 1871. Me enseñaba la cicatriz de la “buena herida” en el brazo que no tocó el hueso y le valió un tiempo en el hospital. Cuando salió, fue voluntario para ir a Turquía, el aliado de los imperios centrales, bajo las órdenes del general Liman von Sanders. Así no pelearía contra los franceses. Me narraba el frío en Bucarest y me explicaba que no había que bajar del tren sin guantes, porque la piel

\* División de Historia, CIDE.

JEAN MEYER

de la mano se quedaría pegada al metal de la barra. Me contaba también sobre las comidas con los colegas turcos, acucillados en el piso formando un círculo, con el plato de carne en medio y el de yogur: la carne, con la mano, el yogur con tu cuchara. Se me quedó grabado su relato de los últimos días de la guerra. Ya de regreso en Estrasburgo, vio llegar unos marineros revolucionarios de Kiel y le tocó que se formara un soviet de soldados y trabajadores, del cual resultó electo secretario, porque era maestro de primaria... La revolución duró poco, porque el 22 de noviembre de 1918 entraron las tropas francesas. Mi abuelo firmó la disolución del soviet.

Su relato era memoria viva, fresca, treinta años después. No hablaba como un libro, como la memoria colectiva afectada por el difícil regreso a Francia, la anexión al Tercer Reich en junio de 1940, la segunda guerra. Cuando yo recuerdo lo que me contaba este hijo de campesino minifundista, segundo de diez hermanos y hermanas, maestro de primaria, director de escuela, obligado por los nazis a demostrar su limpieza de sangre (la ambigüedad del apellido Meyer), es la memoria mía que funciona. Por más que intente repetir fielmente lo dicho por mi abuelo, ya no es la voz viva, la memoria viva del actor y testigo. Esa memoria murió con él en agosto de 1968.<sup>1</sup>

Tradicionalmente, el historiador desconfiaba de la memoria de los actores y testigos. Tanto de su mensaje oral como del escrito. Más del oral que del escrito, lo que es un error porque las “Memorias”, generalmente escritas al final de la vida, cargan con todo lo que el autor, exactor y testigo, aprendió después y que afectó su “memoria”. Cuando, aleccionado por los buenos periodistas, antropólogos, sociólogos, el historiador descubrió la “historia oral”, después de los primeros entusiasmos aprendió a criticar, ponderar, pasar la memoria por la criba; le sacamos mucho jugo, por más difícil que sea no sucumbir a la seducción, a la fascinación producida por el testigo / actor bien dotado. Eso fue lo que me pasó con don Ezequiel Mendoza Barragán, cristero de Coalcomán, cuyas memorias manuscritas publiqué.

<sup>1</sup> Jean Meyer, *El libro de mi padre* (Ciudad de México: CIDE / Tusquets, 2016).

La *memoria* que tenemos del abuelo Meyer mi primo Yves Meyer y yo es divergente. Cuando empezó la guerra en septiembre de 1939, la población de Alsacia a lo largo de la frontera con Alemania fue evacuada, según el plan del Estado Mayor preparado con anticipación. Así, la ciudad de Estrasburgo, donde vivían mis abuelos, fue vaciada de sus habitantes. Mi abuelo (con mi abuela) se fue a un pueblito del centro de Francia con toda su escuela, maestros y alumnos. Allí duraron hasta la derrota de Francia y la inmediata anexión de Alsacia por Hitler. A todos se les presentó la alternativa: regresar a casa o quedarse en Francia como refugiados. Muchos jóvenes y hombres solteros se quedaron. La mayoría optó por regresar. Mi primo, el mundialmente famoso matemático, premio Abel 2017, luego premio princesa de Asturias, después de leer mi libro, me preguntó: “Por qué regresó a la Alsacia incorporada al Tercer Reich?”. Según él, la única explicación es que era germanófilo.

Solo que no lo *creo* para nada. ¿Por qué escribo *creo* en cursivas? Para subrayar que es una convicción mía, que no se funda en un dato duro, sino en un sentimiento que debo a mis padres alsacianos, patriotas franceses, convencidos de que nuestras familias, por lo menos desde la Revolución Francesa, era francófilas a morir. Yo conocí a mis abuelos en 1945, tres meses después de la capitulación del Reich; tenía tres años y medio. De 1945 a 1958, pasé todas las vacaciones de verano en su casa en Estrasburgo. Mi primo (nacido en 1939) los conoció muy tarde porque, con un padre militar, pasó su infancia y juventud fuera de Francia. De hecho, llegó a Estrasburgo en 1963 como profesor de la universidad, ya casado, y tuvo poco contacto con mi abuelo en los tres años que duró antes de recibir un nombramiento en París. No tuvo acceso a su memoria viva.

En el *Libro de mi padre* baila constantemente entre historia y memoria. Leo los diarios de mi padre, que no son “memorias” sino registro cotidiano de la memoria, y reflexión sobre lo que pasó aquel día.

Ya desfilaron varias memorias y llegamos a una complicación mayor con la famosa *memoria colectiva*. No es la memoria de una persona viva, no es contemporánea del acontecimiento, es una creación, una ficción, a veces

un mito social, de la colectividad, el resultado de muchas fuerzas, presiones, sentimientos, decisiones, proyectos; intervienen la política, los Estados, las Iglesias, la educación, los medios de comunicación masiva. Es fabricada, remodelada, enseñada, transmitida. Es viva también, puesto que se transforma delante de nuestros ojos de mil maneras, como lo pudimos ver en el año 2021 de muchas conmemoraciones en México.<sup>2</sup>

Por lo pronto intento definir la memoria colectiva a partir de la obra fundadora del gran Maurice Halbwachs (1877-1945), que fue profesor de mi padre, como Marc Bloch, en la Universidad de Estrasburgo. No es historiador, sino un sabelotodo que empezó como economista, y el padre de los estudios sobre la memoria (1925: *Les cadres sociaux de la mémoire*). En 1949 se publicó de manera póstuma *La mémoire collective*, porque había muerto en el campo de concentración nazi de Buchenwald. Un capítulo entero está dedicado a la “memoria histórica”, que define como “una parte todavía viva de la historia para un grupo [...] y se puede confundir con la memoria colectiva”. Si no es el caso, se confunde con la historia externa, reducida a una cronología conmemorativa de aniversarios: centenario, bicentenario, etc. Halbwachs dice que la expresión “memoria histórica” no es muy buena, aunque cómoda, porque uno, o bien está en la memoria, o bien está en la historia. Según los historiadores, la historia empieza donde termina la memoria.

Pienso de repente en los griegos, esos genios que lo inventaron todo: dicen que Clío, la musa de la historia, es una de las hijas de Mnemosina: la memoria, la memoriosa...

Para Halbwachs, “la historia puede presentarse como la memoria universal del género humano. Pero no hay memoria universal. Toda memoria colectiva tiene como soporte un grupo limitado en el espacio y el tiempo”. Una memoria integral que agruparía memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica es una utopía. Y pienso en lo dicho por Sigmund Freud sobre la historia como “inquietante extrañeza” (*Unheimlichkeit*).

<sup>2</sup> Eduardo Matos Moctezuma, conferencia de 2022: “Historia y memoria: una batalla que no termina”, a propósito de la decisión del gobierno de cambiar la fecha tradicional de la fundación de México-Tenochtitlan al año 1321 para relacionar 1321, 1521, 1821: fundación, caída, independencia.

Dicen que los pueblos felices no tienen historia; digo que demasiada memoria “histórica” o “colectiva” vuelve infelices a los pueblos porque quedan petrificados en el pasado como si hubieran visto a Medusa. Rusia no deja de verse como imperial. El pasado es su futuro.

No me puedo quedar en la abstracción, así que voy a tomar ejemplos de historia y memoria. A la hora de la mundialización, todos los pueblos se pusieron a visitar, a esculcar su pasado, sea para exaltar las hazañas de sus antepasados, consolidar o criticar los indispensables mitos fundadores, presentarse como víctimas para explicar una situación lamentable, exigir una reparación, justificar una guerra de conquista o de exterminio (Rusia contra Ucrania en la guerra que empezó en 2014, Israel contra los palestinos de Gaza desde el 7 de octubre de 2023).

En 2021, quemaron miles de libros infantiles en las escuelas católicas de la provincia canadiense de Ontario porque “ofenden a las naciones primeras”; por cierto, en Canadá están prohibidas las palabras “indio” y “esquimal”. Nosotros asistimos a la desaparición de la estatua de Colón en la avenida Reforma de la capital mexicana, y a semejantes desapariciones en Estados Unidos, Francia, etc.<sup>3</sup> En 2007, la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso estadounidense adoptó una resolución para reconocer que los armenios habían sido víctimas de un genocidio iniciado en 1915. El gobierno turco presionó con éxito para que el texto no se debatiera en sesión plenaria. Pasaron los años y perdió la batalla, porque el Congreso declaró que se trató, en efecto, de un genocidio. En Francia, el historiador Bernard Lewis, gran conocedor de la historia del Medio Oriente, fue condenado simbólicamente (un euro) por negar, no la masacre, el crimen contra la humanidad, sino la categoría de “genocidio”. En Turquía el uso de la palabra “genocidio” es un delito según el código penal y el premio Nobel de Literatura, el admirable novelista turco Orhan Pamuk, se la vio negras por haberla pronunciado.

La Santa Sede beatificó en 2007 a 499 religiosos en su calidad de “mártires” de la Guerra Civil Española. Unos años antes había hecho lo mismo con los “mártires” de la Revolución Francesa (y con unos pocos

<sup>3</sup> Mauricio Tenorio tiene un excelente ensayo sobre el tema: *La historia en ruinas. El culto a los monumentos y su destrucción* (Madrid: Alianza Editorial, 2023).

mexicanos). Cada día, el pasado (no la historia del pasado) nos interpela, provoca indignación (contra los “esclavistas” Colón y Voltaire), rencor, reclamos. Con razón Paul Valéry dijo que ese tipo de historia es el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto.

¿Justifica la Shoah la creación del Estado de Israel? ¿Por qué los japoneses honran la memoria de sus “criminales de guerra”? ¿Lo eran? ¿Por qué el bombardeo sistemático y mortífero de las ciudades alemanas y japonesas no es un crimen de guerra? Hamburgo, Dresde, Tokio, Hiroshima, Nagasaki... ¿Quién carga con la responsabilidad de la muerte del Che? ¿Un oficial boliviano o Fidel Castro?

Internet, Twitter, Facebook, Instagram, Google, las cámaras de eco planetario propagan esos debates al infinito, pero ese reexamen del pasado, ¿busca alcanzar una verdad científica? “¿Qué es la verdad?”, preguntó un tal Poncio Pilatos. *Fakenews*...

Francia, terca, siguió hablando durante años de “los acontecimientos en Argelia”, para no pronunciar la palabra “guerra”. Finalmente, se decidió a adoptarla con su consecuencia: los 2 500 000 de conscriptos que desfilaron en Argelia de 1954 a 1962 tienen la categoría de *anciens combattants*, “veteranos de guerra”. España evitaba enfrentar a su pasado franquista hasta que, en 2007, se votó la Ley sobre la Memoria Histórica para rehabilitar y recordar a las víctimas de la guerra y de la dictadura; luego, vino el efecto bumerán, con el recuerdo de las matanzas efectuadas por el bando republicano. El gobierno argelino no reconoce las exacciones cometidas por el Frente de Liberación Nacional durante la guerra de independencia, tanto contra argelinos como contra criollos franceses; tampoco la masacre grande de los harkis, realizada inmediatamente después de la independencia (los harkis eran contraguerrilleros reclutados por el ejército francés y luego abandonados por el gobierno de Francia, que tardó medio siglo en reconocer su injusticia). ¿La esclavitud? Indignación contra Colón, Colbert, Voltaire, Jefferson, pero no se dice nada de los monarcas africanos que vendían a sus sujetos, a sus presos de guerra a los traficantes europeos: tampoco se habla de la esclavitud africana por parte del mundo árabe.

Las guerras de las memorias son siempre dolorosas y las “leyes de memoria” decretadas por los gobiernos no sirven de nada a la historia

verídica. Demasiada memoria histórica mata a la historia porque interviene la política y las modas. Todo el mundo quiere su tajada de memoria y se pone a sí mismo en lo numérico. La pareja identidad / memoria funciona de manera invasora, muchas veces catastrófica, a los dos niveles, de la memoria colectiva y de la memoria privada. Frente a la “identidad nacional”, ¿qué significa ser mexicano o francés, o tener la doble nacionalidad y la doble cultura? ¿Cómo afecta nuestras relaciones con los Estados Unidos y qué significa ser “chicano” a la tercera o cuarta generación?

Vuelvo a decir que el olvido puede ser necesario, como bien explica Paul Ricoeur en *Historia, memoria, olvido*. No predico la amnesia colectiva, pero peor que olvidar la historia es torcerla y retorcerla como hacen los políticos, especialmente los autoritarios y dictatoriales. La inteligencia colectiva también existe, por más que sea menos ruidosa que la estupidez, al igual que la conciencia democrática. Y el historiador, al usar bien las memorias y la historia, se encuentra del lado de la inteligencia democrática, sin olvidar la ética, antiguamente llamada “moral”, palabra abandonada por considerarse demasiado “moral”, puritana y, por ende, hipócrita. ¡Ah, la historia de las palabras! El cacique matonil de San Luis Potosí, Gonzalo N. Santos, “el alazán tostado”, preguntaba: “¿La moral? Es el árbol que da moras”.

Me interesa ver el modo en que las instituciones educativas (y quienes las integramos) somos permeados por los comportamientos sociales en esta era de la “posverdad”. En 2017, la Real Academia de España definió *posverdad* como “Distorsión deliberada de una realidad que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. Ejemplo: “Los demagogos son maestros de la posverdad”. Aceptó también la palabra *buenismo*: “Actitud de quien, ante los conflictos, rebaja su gravedad, cede con benevolencia o actúa con excesiva tolerancia”. No cuestionar, no reaccionar, parece ser el lema de la corrección política y no solo política, sino también académica. “Callar es mentir”, dijo Miguel de Unamuno. Sin darnos cuenta, nos resignamos a ser colaboradores eficaces y cómplices, tanto por el silenciamiento de algo que debería decirse en voz alta, como por la falta de reacción a procedimientos que amenazan la armonía y promueven la intolerancia.

Tatiana Oroño, poeta uruguaya, dice: “Escribo lo que pasó para que pase algo que modifique lo que esta pasando”.<sup>4</sup>

Escribo, como muchos, para dar un tiempo y un espacio a la perplejidad, para enfrentar a la impotencia y a la rabia, en la esperanza de que no se repita el malestar y el malo. Me impresiona que la psicoanalista francesa Anne-Lise Stern, nacida alemana y como judía refugiada muy joven en Francia con su familia, deportada en abril de 1944, sobreviviente, no lograba que la escucharan ni cuando, en 1979, abrió el seminario “Campos (de concentración), historia, psicoanálisis”, para luchar contra el negacionismo exitosamente promovido por el universitario Robert Faurisson. Cuando ella presentó su tesis, sus colegas del jurado dijeron: “He oído hablar de política, no de psicoanálisis”, y “nada de victimismo”. Hablaba como deportada judía y eso se descalificó como “política”. Tuvo que esperar 25 años para publicar en 2004 *Le savoir-déporté*. Como psicoanalista, como historiadora, intervino en la vida de la *polis*, creando un espacio donde se habla justamente de lo que la comunidad de psicoanalistas excluía.<sup>5</sup>

Dejo la conclusión a cargo de Thomas Ferenczi: “Conozco bien la psicología de las asociaciones y sé hasta que punto suelen reinar en las agrupaciones políticas, sociales y científicas la megalomanía pueril, la vanidad, el respeto de las fórmulas vacías, la obediencia ciega y el interés personal, en lugar de un trabajo concienzudo consagrado al bien común”.

<sup>4</sup>Tatiana Oroño, *Libro de horas* (Montevideo: Estuario, 2017).

<sup>5</sup>Debo la cita de Tatiana Oroño y el caso de Anne-Lise Stern a Laura Verissimo de Posadas, en su ponencia: “Es tiempo ahora de voces entre voces apoyadas”, *Istor* xxiii, núm. 91 (2022-2023): 211-219.